

LA COMPASION

Alexander F. Skutch

Si se me pide que elija el día más importante de la historia del mundo, no vacilaría en designar el día en el cual por primera vez un animal, de cualquier clase, reprimió su apetito, o dominó su pasión, o se negó a sí mismo algún placer, en consideración a los sentimientos de alguna otra criatura, pues en ese día nació la compasión, y la moral reflexiva empezó a surgir de la moral no reflexiva que existe en el mundo y en la vida. Pero la historia escrita, que cuenta tantos acontecimientos espectaculares pero triviales, deja pasar en silencio los hechos realmente importantes en el desarrollo de la vida y del hombre. En verdad, puesto que estos sucesos importantes son casi siempre el producto de un crecimiento casi imperceptible, no sería posible, aun a la luz del más completo conocimiento, fecharlos con la precisión de algún ruidoso suceso tal como una batalla o el asesinato de un tirano.

Ignoramos igualmente la fecha en que por primera vez un animal deliberadamente se negó alguna satisfacción inmediata a fin de obtener una ventaja futura, dando así origen a esa otra gran rama del esfuerzo moral, el interés por el propio perfeccionamiento. Podemos estar seguros, a través de numerosas observaciones, que muchas criaturas, aun aquellas bajas en la escala de la vida animal, se alejan de un alimento apetitoso cuando el comer más sería dañino a la salud, o fuerzan los cansados miembros para continuar alguna actividad necesaria, pareciendo por lo tanto ejercer la temperancia y la fortaleza; pero no sabemos si están gobernados en estos momentos por una presciencia o por simples presiones orgánicas ciegas, ya sea que presenciemos la operación de la moral reflexiva o de la moral inconsciente de la cual surgió. Como tampoco si la consideración de los sentimientos de otra criatura precedió al pensamiento del propio bienestar futuro del animal, o si fue a la inversa, si la parte altruista de la ética es de anterior aparición a la parte egoísta. Puesto que es más fácil para una inteligencia que comienza a despertar el suponer los sentimientos actuales de algún otro ser similar inmediatamente delante de sí, que el representarse su propio estado futuro, es altamente probable que la compasión preceda a la prudencia, posiblemente en muchas generaciones. Los estudios de la infancia dejan poca duda de que el niño es capaz de responder con simpatía mucho antes de que haya alguna razón para suponer que puede prever las consecuencias para sí mismo de su propia conducta. De aquí que es probable que la moral reflexiva naciera con el primer ejemplo de auto dominio en consideración a los sentimientos de otro ser.

Sutherland estaba sin duda en lo cierto al derivar la simpatía y la compasión de las actividades paternas (1). En el pájaro que, aunque hambriento, colo-

(1) ALEXANDER SUTHERLAND, *The Origin and Growth of the Moral Instinct*, Longmans, Green, and Co., London, 1898.

ca en los picos abiertos de sus crías el alimento con su propio pico, y que con su propio cuerpo protege a sus pequeñuelos del frío, de la lluvia y del sol, tenemos el verdadero símbolo del altruismo y de la compasión. Y tales actos de ternura no están de ninguna manera limitados a sus propias crías; pues no pocas veces un pájaro protege de la misma manera cuidadosa la cría de otros padres, tal vez de distinta especie. Desafortunadamente, no sabemos, y no tenemos los medios para descubrirlo, si el pájaro u otro animal actúa simplemente por ciega conformidad con mecanismos innatos, o si responde con simpatía a los pequeñuelos indefensos. De aquí que no podamos estar seguros si en estos casos tenemos verdadera moral o moral irreflexiva. Esto no es una simple distinción pedante, pues la conciencia de los fines, el conocimiento de por qué y para qué propósito uno actúa, es indispensable para ese crecimiento continuo en alcance y poder que es característico de la verdadera moralidad.

De la misma manera es difícil saber hasta dónde los sentimientos compasivos están en la raíz de todas las restricciones y gestos pintorescos que marcan las actuaciones de los hombres primitivos con la vida que los rodea. Cuando los Toboongkoos de las Célebes construyen y abastecen una pequeña residencia para los espíritus de los árboles, a los cuales deben despojar de sus mansiones originales cuando limpian un terreno del bosque para plantar su arroz, ¿es la simpatía o el miedo a la represalia sobrenatural el motivo de este acto de piedad natural? (2). También, cuando los habitantes de la Isla de Santa María en el Océano Indico piden perdón a la ballena madre por privarla de su prole que ellos necesitan para alimento, ¿están movidos por la compasión o por el temor al proferir estas expresiones de simpatía? (3). Cuando recordamos la odiosa crueldad con la cual hombres del mismo nivel cultural tratan a sus enemigos, y aun la dureza de los ritos de iniciación que sus jóvenes deben con frecuencia sufrir, podemos sospechar que el temor a la represalia de los espíritus de los animales sacrificados o de los árboles caídos, o el interés por la continuada abundancia de los animales que sustentan su economía, más bien que la simpatía por las criaturas que deben destruir para conservar sus propias vidas, está en la raíz de todas estas prácticas conmovedoras. Más probablemente, en los sentimientos de los hombres primitivos, como en sus instituciones, hay mezclados en confusión difícilmente diferenciable un número de elementos que sólo en un estadio de cultura posterior estarán separados y en contraste, como la compasión y la prudencia, la simpatía y el temor.

Podemos, sin embargo, estar seguros de que en un período relativamente temprano en la génesis de la civilización, la verdadera compasión empezó a ejercer una influencia poderosa en la conducta humana. Se cuenta de Neminatha, el vigésimosegundo *tirthankara* o gran maestro de los jainistas que, de camino a su fiesta de bodas, fue movido tan fuertemente por la compasión hacia todos los animales conducidos a los sacrificios nupciales, que bruscamente abandonó la procesión, y pronto renunció al mundo para seguir una vida religiosa. Si este suceso es en verdad histórico, podría haber ocurrido unos mil años antes de la era cristiana, si no antes. No hay duda de que el motivo que llevó a Neminatha a la renuncia había adquirido gran fuerza en las religiones de la India hacia el siglo VI antes de Cristo, y había afectado profundamente las enseñanzas de Mahavira,

(2) SIR JAMES GEORGE FRAZER, *The Golden Bough*, IX

(3) *Op. cit.*, LIII.

el vigésimocuarto y último *tirthankara* jainista, no menos que las de su más conocido y más joven contemporáneo, Gautama Buda. En China, por el mismo período, sentimientos semejantes eran activos en el taoísmo medio. En el Occidente, más agresivo y afirmativo de sí mismo, la compasión nunca ejerció la misma influencia penetrante que en el contemplativo Oriente; sin embargo, fue fuerte en las tradiciones pitagóricas y neo-platónicas, penetró en el pensamiento del bondadoso Plutarco y, aunque más estrechamente centrada en la humanidad, aparece en los dramas de Eurípides y en las Escrituras Cristianas, especialmente en las Epístolas de San Pedro.

POR QUE LOS SABIOS MENOSPRECIARON LA LASTIMA.

Entre la compasión y la lástima la distinción es sutil. La palabra "compasión" sugiere una actitud de inmediato más tiernamente comprensiva y más activamente útil que la de "lástima", la cual a menudo está teñida de desprecio o desdén por el que sufre, cuyas desgracias son quizás debidas a su propia ineptitud o tontería. Sin embargo, por cualquier nombre que lo designemos, la raíz del afecto que estamos ahora considerando es la susceptibilidad simpática de sentirnos infelices por la contemplación de la desgracia de otros seres conscientes, de sentir dolor a la vista del dolor, lo cual es la otra modalidad de nuestra capacidad de compartir por simpatía la felicidad de los que nos rodean. Nietzsche, que miraba la moralidad de la lástima como "el síntoma más siniestro de nuestra moderna civilización europea", señalaba que el alto valor que los modernos filósofos atribuían a este sentimiento era un nuevo desarrollo, pues los pensadores anteriores se habían mostrado unánimes en cuanto a la inutilidad de la lástima. En apoyo de esta sorprendente afirmación citaba a Platón, Spinoza, La Rochefoucauld, y a Kant, quienes, a pesar de sus grandes diferencias de temperamentos y doctrinas, mantenían un igual desprecio por la lástima. En esta denuncia de la lástima hay mucho de cierto, adornada con la exageración e invectiva características de Nietzsche. (4)

Si la compasión, la lástima, y los sentimientos que se relacionan con éstas son, como nosotros afirmamos, la raíz de toda la moral del altruismo, opuestas a la de la prudencia o interés propio a largo plazo, ¿cómo vamos a explicar el escaso valor asignado a la compasión aun por pensadores que ciertamente no carecían de benevolencia o de interés por el bienestar de los demás? He aquí una paradoja que demanda una explicación, una explicación que Nietzsche, tan agudo en descubrir las debilidades e inconsistencias de la doctrina que él despreciaba, tan descuidado en encontrar las fuentes de sus defectos, falló en proporcionarnos. Pero la razón para la condena de la lástima, no sólo por filósofos sino también por maestros de religiones, no es difícil de descubrir.

Desde un temprano período hasta la época en la cual el movimiento romántico de la moderna Europa, empezando como una saludable revuelta contra un extremado formalismo, rompió los límites y exaltó aquellos aspectos de nuestra compleja naturaleza que la sabiduría acumulada por la humanidad nos ha enseñado a mantener bajo rígido dominio, los grandes sistemas de la cultura espiritual, a pesar de sus muy diversas bases metafísicas, eran sobre todo disciplinas por las cuales los hombres pudieran levantarse por cima de los accidentes de la fortuna.

(4) NIETZSCHE, *The Genealogy of Morals*, Preface, 5.

Pues para seres como nosotros, sujetos a mil ocasiones imprevisibles e ingobernables, y sin embargo, poseedores de un espíritu que obstinadamente rehusa identificarse con su cuerpo corruptible, el único método para conservar fija y clara esta llama interior es aprender a desechar todos los absurdos accidentes que inevitablemente sobrevienen a nuestra envoltura exterior. Desde los *Upanishads* de la antigua India, a través del jainismo, el budismo y el taoísmo en el Oriente, el estoicismo y aun el epicureísmo en el clásico Occidente, hasta las doctrinas de Spinoza y Malebranche, todos los grandes sistemas tuvieron como primordial objetivo el cultivo de la mente serena, desinteresada, libre de todas las perturbaciones producidas por el placer no menos que por el dolor. Ante todas esas circunstancias en su vida fuera del dominio de su propia voluntad—ante la pobreza, la enfermedad, el calor, el frío, el hambre, la prisión, la pérdida de amigos y de seres amados, la calumnia y el desprecio—el sabio o el santo debe permanecer impassible, y mantener la misma ecuanimidad en medio de la abundancia que de la adversidad.

Esta serena alegría nunca podría ser mantenida por la persona hipersensible al sufrimiento, que no podría dejar de ver alrededor suyo, por una persona dispuesta a hundirse en el desaliento o en paroxismos de angustia mental por la simpatía ante los dolores de los demás. ¿No sería ridículo ejercitarnos por medio de una larga y ardua disciplina para permanecer imperturbables ante nuestras propias desventuras, y sin embargo, permitirnos ser trastornados por cada desgracia que sobrevenga a nuestros vecinos? ¿Qué podríamos ganar con un proceder tan desequilibrado? Spinoza enseñaba que debemos analizar todos los infortunios de nuestra vida tan serena e impersonalmente como si ellos le hubieran sucedido a otro. Con la misma lógica, ¿no debe el hombre que se ha disciplinado con gran esfuerzo para conservar una serena alegría a través de todas las vicisitudes de la fortuna, permanecer tan inmovible ante las desgracias de los demás como ante las propias? La compasión es, después de todo, una forma de pasión, o de afecto pasivo de la mente; y aquellos maestros que insistían en el dominio de las pasiones eran totalmente consecuentes al recomendar la anulación de la piedad o de la compasión, en cualquier sentido literal de la última palabra.

No obstante, de ninguna manera significa que los inspirados maestros que nos previnieron contra el exceso de la lástima sentimental recomendaran que pasemos por la vida como un monstruoso “superhombre”, indiferente a los dolores y contorsiones de todos los seres débiles que él ciegamente aplasta en su loca e impetuosa carrera. ¡Lejos de ello! Aunque en diverso grado, cada uno de estos pensadores enseñó a los hombres a cuidar del bienestar de los seres que los rodean; pero ellos deseaban sustituir la piedad sentimental, que a menudo no es más que una inerte y lacrimosa meditación acerca de males que no tenemos intención de corregir, por una actitud racional que sería mucho más eficaz. En verdad, como lo vemos por todas partes hoy, una mayor o menor piedad sentimental no es incompatible con una vida que no se cuida de infligir esos mismos dolores que ruidosamente se lamentan.

Es justamente esta contradicción en nuestras vidas lo que una disciplina equilibrada debe superar. El budismo ha sido llamado “la religión de la piedad”, y se ha dicho que su fundador “siente compasión por todas las criaturas”. No conozco suficientemente la gran cantidad de escrituras budistas para saber si contienen acusaciones a la piedad semejantes a las que uno encuentra muchas veces en los escritos de los estoicos, pero ciertamente el entregarse a la piedad sentimental es

inconsecuente con el contenido de las enseñanzas de Gautama. El budista ideal o el "brahmán" descritos en el capítulo final del *Dhammapada* "no hace daño con el cuerpo, el lenguaje o la mente", y sin embargo, es "puro, sereno, imperturbable"; y esta particular constelación de atributos es compatible con el más cuidadoso miramiento por el bienestar de todo lo que vive, aunque no con la lástima. La posición del jainismo es bastante similar; un reciente escritor jainista señalaba que su religión aprueba "la compasión espiritual" pero mira con desagrado "la compasión sentimental". Tener una tierna consideración aun para los seres más humildes es el principio fundamental de los jainistas; no obstante, el permitir que la vista del sufrimiento inevitable transtorne el sereno despego que procuran obtener, sería desastroso para su sistema de cultura espiritual.

Aunque los estoicos, poniendo demasiado énfasis en la razón como una facultad que coloca al hombre decididamente aparte del resto de la creación, estaban lejos de igualar a los jainistas, budistas y taoístas en la amplitud de sus simpatías, dentro de los límites de su sistema ético, su posición fue sorprendentemente similar. Su actitud hacia la piedad se ve con claridad cuando la encontramos mencionada junto a la envidia, los celos, la rivalidad, la torpeza, el fastidio, la pena, la angustia, y la perturbación como especies de dolor, que ellos consideraban una forma mental irracional. Epicteto repetidas veces mencionó la piedad entre los afectos que desaprobaba. Aunque la piedad, estado mental pasivo e irracional, fue condenada por los estoicos, la benevolencia, un estado activo y racional, fue considerada junto con la amistad, el respeto y el afecto, en alto grado entre las virtudes. (5)

Esta misma benevolencia de los estoicos fue en gran parte responsable de la edad de oro de los Antoninos, con toda su amplia filantropía y sus benéficas reformas. No tenemos mejor descripción de cómo, en medio de abrumadoras desgracias, el verdadero estoico combinaba un activo empeño por el bienestar de sus compañeros con una mente serena e imperturbable, que el relato de Plutarco acerca de cómo, después de la rendición de Utica a César, Catón el joven hizo todos los esfuerzos posibles para salvar a los ciudadanos al mismo tiempo que planeaba su propia muerte.

Pero en ninguna parte encontramos la actitud de los filósofos anteriores hacia la piedad más clara y brevemente expresada que en la *Ética* de Spinoza. La "piedad", escribió, "en un hombre que vive guiado por la razón es en sí misma mala e inútil" (6). Pero en la prueba de esta proposición explica: "La piedad es un dolor, y por lo tanto, en sí misma mala. El buen efecto que sigue, a saber, nuestro esfuerzo por liberar de la miseria al objeto de nuestra piedad, es una acción que deseamos hacer únicamente por el dictado de la razón; sólo por el dictado de la razón somos capaces de realizar cualquier acción, que sabemos con certeza que es buena". Como el dolor que sentimos cuando tocamos el fuego es útil en la medida en que nos hace quitar la mano quemada, así la lástima es buena solamente si conduce a alguna acción dirigida por la razón para aliviar la miseria que la provocó (7).

Los escritores cristianos, no menos que aquel hijo de un pastor protes-

(5) DIOGENES LAERCIO, VII, 111, 116.

(6) SPINOZA, *Éthics*, Parte IV, Proposición L.

(7) Cp. SENECA, *De Clemencia*, y CICERON (quien en ética fue esencialmente un estoico). *Tusculan Disputations*, III, ix, 19-20; IV, xx, 46 & XXVI, 56, etc.

tante que pretendía ser el Anticristo, a menudo han comentado la aparente ausencia de sentimientos compasivos mostrados por estos maestros de otras doctrinas; sin embargo, nosotros hemos dado abundante evidencia de que su condena de la piedad sentimental no es prueba de desprecio a las demás criaturas. Ellos afrontaron, no obstante, el problema de combinar el interés por el bienestar de los demás con esa calma espiritual que los sabios siempre han estimado de primera importancia, y solucionaron este problema con la recomendación de una vida que evitara el daño a los otros seres, y hasta donde fuera posible aliviara su dolor, al mismo tiempo que desaprobaban el sentimiento que nos mueve a mitigar los dolores de las demás criaturas, o al menos nos impulsa a evitar el hacerles daño. En conjunto, su posición no era muy diferente de la de un filósofo cristiano como James Martineau, que asignaba al "afecto primario de la compasión" el segundo lugar en su tabla de las Fuentes de la Acción, segundo en mérito moral solamente después del "sentimiento primario de la reverencia". Pero hay que hacer notar que es como una *fuerza de acción* o motivo para el esfuerzo activo que a la compasión se le asigna este alto rango. La piedad como una simple complacencia de sentimientos de simpatía, el apenarse por las desgracias de los demás, caería entre los afectos secundarios de Martineau, sólo a medio camino en la escala aunque aún aquí goza de un grado más alto que el que probablemente le habrían dado un filósofo de la Antigua Stoa, Spinoza, o aun Buda. (8)

EL ALIVIO DEL SUFRIMIENTO COMPASIVO POR MEDIO DE LA BENEFICENCIA ACTIVA.

En contraste con el escaso valor que hasta muy recientemente los pensadores más profundos otorgaron a la piedad pasiva, la civilización occidental, especialmente desde la aparición del Romanticismo con su invento del *Weltschmerz*, encuentra algo bueno y admirable en el propio sufrimiento compasivo, aparte de cualquier acción reparadora a la cual pudiera conducir. Nosotros los modernos miraríamos con recelo al viejo estoico que pretendía no sentir tristeza a la vista de los dolores ajenos, sin importar cuán enérgicamente pudiera empeñarse en aliviarlos. Además podríamos dudar de la estricta exactitud de su pretensión; pues quien no sentía la más ligera pena a la vista de los sufrimientos ajenos no tendría el impulso espontáneo para socorrer a los demás, y sería llevado a hacerlo sólo por alguna insistencia o presión externas, o quizás por un sentido del deber cuyo origen podría difícilmente entender.

¿Es bueno, entonces, sentir piedad o compasión, sufrir con los que sufren en presencia nuestra? La respuesta a esta pregunta implica alguna consideración del significado y de la función del dolor. Sirve primordialmente para avisarnos que algo anda mal en nosotros, y para incitarnos a una acción reparadora. Si yo me cortara un dedo y, sin embargo, no sintiera dolor, me alarmaría, y tendría el temor de haber contraído alguna enfermedad que impidiera el funcionamiento normal del sistema nervioso. El dolor me recuerda que me he herido y que debo vendarme la herida. Pero al hacerlo procuro mitigar el dolor al mismo tiempo que detengo el fluir de la sangre. Sería absurdo desear prolongar el dolor después de

(8) JAMES MARTINEAU, *Types of Ethical Theory*, Parte II, I, VI.

que he atendido su aviso. De igual manera, si yo viera los sufrimientos de los hombres o de otras criaturas sin sentir piedad o compasión, ni dolores producidos por la simpatía en mi propia mente, me alarmaría no fuese que hubiera contraído alguna enfermedad espiritual que causara la atrofia de mis mejores sentimientos. Pero yo desearía sentir tan sólo la suficiente angustia que me pusiera en movimiento para aliviar el dolor contemplado, y estaría contento si mi propia incomodidad mental se disipara por medio de esta acción. Tal vez no verdadera angustia mental, sino suficiente simpatía imaginativa para producir una viva comprensión de la dificultad ajena, sería un incentivo adecuado para emprender una acción reparadora.

¿Por qué debemos hacer una distinción entre sentir pena por otras criaturas y sentir pena por nosotros mismos? La piedad de sí mismo es correctamente considerada una grave debilidad de carácter, y en exceso, puede producir una flaqueza que paraliza la voluntad. Sin embargo, sin alguna leve pena o descontento por nuestra actual situación, nunca nos sentiríamos impulsados a mejorar nuestras circunstancias. De manera semejante, desear sentir dolor ante las aflicciones ajenas más de lo que es necesario para movernos a socorrerlos, o cultivar un espíritu pesaroso porque el mundo está lleno de más dolores de los que podemos remediar, revela una mente morbosa, romántica más que racional. Es en verdad tan enfermizo como alimentar nuestras propias penas y desgracias en vez de luchar valientemente para vencerlas u olvidarlas. Si permitimos que nuestro espíritu se deprima ante nuestros propios infortunios o ante los de los demás, innecesariamente aumentamos la tristeza del mundo. La actitud pesimista contribuye a hacer del Universo lo que ella afirma que es. Para el hombre naturalmente sensible es sin duda difícil permanecer alegre en medio de los dolientes prójimos; así como para el timorato es difícil estar sereno cuando todos los que lo rodean están temblando de miedo. Empero, debemos a nosotros mismos, no menos que a los que nos rodean, el conservar nuestra mente serena y alegre sin importarnos cuán grande es la suma de las miserias del mundo.

Nuestra piedad, entonces, no debe sobrepasar nuestra beneficencia. Si somos sensatos, debemos prestar atención a los dolores del mundo en la medida en que los podamos disminuir; afligir nuestro espíritu con el resto es inútil tortura. Debemos siempre preferir la acción a la pasión, el esfuerzo racional al sufrimiento irracional. Un solo acto de misericordia vale más, para nosotros mismos y para los demás, que toda una vida de inactivas lamentaciones acerca de los males de toda la creación. Las gentes compasivas y sensibles hallan difícil no deprimirse ante el contacto inevitable con las miserias que no pueden remediar. Pero si no pueden aliviar los sufrimientos particulares que de inmediato los deprimen, sin duda hay a no mucha distancia otros seres dolientes a quienes sí pueden socorrer. Por lo tanto, el hombre sensato, a diferencia del inexperto joven romántico, no se permitirá el ser abatido por el espectáculo de la miseria, sino que encontrará la forma de convertir su piedad en acción benéfica. En Occidente ha habido en los años recientes demasiada piedad sentimental, y muy escasa compasión activa, especialmente en relación con el reino animal.

Aun el infligir un dolor necesario a otro ser causa al espíritu sensible un sufrimiento tan agudo como el que experimenta a consecuencia de los males de su propio cuerpo. Pero quien intentaba la cura de las heridas de los hombres o de los animales, pronto aprende a concentrar su atención en su tarea, sin distraerse con el pensamiento del dolor que pueda estar causando. Si es movido por la

compasión para realizar el tratamiento, adoptará un proceder que prometa el mínimo de malestar a su paciente; pero mientras esté ocupado en la operación, al subordinar todo esfuerzo a la correcta y hábil realización de ella, su mente estará lejos del pensamiento del dolor; y ningún beneficio resultaría de mantenerlo ante sí. Al contrario, el apenarse por los dolores de su paciente podría perjudicar su eficiencia, con el resultado de que inadvertidamente los aumentaría. Lo mismo se aplica a cualquier otra clase de acción compasiva; al esforzarnos por aliviar la angustia ajena, arrojamos de nuestro espíritu la pena que nos produjo. Con el remedio del sufrimiento convertimos un estado mental pasivo en otro activo y experimentamos la misma satisfacción que resulta del ejercicio de cualquier poder, sea en trabajos serios o en juegos, y con menor causa de posterior pesar que en el caso de muchas otras de nuestras actividades. Los médicos, enfermeras, veterinarios, todos aquellos para quienes el alivio del dolor es un arte, deben comprender mejor que la mayoría de los hombres por qué los estoicos, Spinoza, y otros filósofos enseñaron que debemos reemplazar la piedad por la benevolencia dirigida por la razón.

LA COMPASION DEL HOMBRE Y EL RIGOR DE LA NATURALEZA.

“Puesto que mis prójimos y yo tememos y odiamos el dolor, ¿cuál es la cualidad peculiar de mi propio ser para que yo deba cuidarme de él más que de ellos?”, preguntó el escritor budista Santideva (9). Sin embargo, a quien adopta un modo de vida que revela un grado insólito de compasión por los seres vivos, que lo rodean, a menudo le recuerdan sus perplejos amigos, no menos que los desdenosos mofadores, que la lucha y el derramamiento de sangre son “la ley de la naturaleza”, y que por doquier los fuertes toman lo que pueden sin la menor consideración por los sentimientos de los débiles. Ciertamente: el tigre y el lobo desgarran la palpitante carne de su presa, al obedecer impulsos desarrollados en ellos en el curso de su evolución. Pero con el paso del tiempo, otros aspectos del proceso creativo salen a la luz. En cualquier visión “naturalista” del mundo, la compasión del hombre y la ferocidad del león son igualmente productos del mismo proceso; tal vez en la primera tenemos una expresión más auténtica del objetivo de la energía creadora, empezando ahora por fin a librarse del trágico predicamento en el cual se vio comprometida como consecuencia de su propia exuberancia, que hace que se originen más seres constituidos de los que pueden encontrar espacio y materiales para completarse, de donde surgen todas las luchas de la naturaleza. Como un producto tardío y superior del proceso creativo, la compasión parece ser un indicio más auténtico de la dirección en la cual se está moviendo. Parece representar el esfuerzo de armonía para corregir el rigor y la dureza inseparables de los primeros períodos en el desarrollo de la vida, y para hacer por fin del mundo viviente una expresión más adecuada de la actividad que lo creó.

Tomar el ejemplo de los animales más primitivos como excusa para desechar o suprimir los impulsos generosos que surgen de lo profundo de nuestro ser, es ponernos perversamente en contra de la corriente de la evolución, ahogando la promesa del futuro con las cadenas del pasado: una conducta malvada e impía. La

(9) L. D. BARNETT, *The Path of Light*, (John Murray, London, ed., 1947), p. 103.

ferocidad es la expresión propia de la naturaleza del tigre; que así sea; pero la mansedumbre es igualmente una expresión natural de mi propio ser. ¿Por qué debo llegar al absurdo de imitar la naturaleza de otra criatura, como el celoso asno en las fábulas de Esopo, que saltó sobre su amo para imitar al perro mimado?

Que por lo menos durante varios miles de años un número no despreciable de hombres ha sentido compasión no sólo por otros seres humanos sino por todas las criaturas, y que en muchos este sentimiento ha sido lo bastante fuerte para causar grandes cambios en su modo de vida, son hechos que sería insensato negar. Si otros hombres fallan en descubrir el aguijón de este sentimiento dentro de ellos, debemos llegar a la conclusión de que, o permanecen en un nivel inferior de la evolución humana, o las difíciles circunstancias de su vida, la necesidad de una continua e inexorable lucha para sobrevivir, han atrofiado sus mejores sentimientos. Un interés compasivo por todas las criaturas es una expresión de nuestra fundamental naturaleza, que en muchos animales está enterrada bajo modificaciones secundarias engendradas por la lucha por la existencia, y que puede aflorar a la conciencia sólo en la medida en que estas pasiones destructoras son suprimidas, o por lo menos en sus momentos de reposo (10).

Si negamos que la compasión sea un desarrollo natural en un nivel superior, del proceso que nos creó junto con los demás seres vivos, sólo una alternativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue infundido en nuestros pechos, tal vez repentinamente en algún momento particular de nuestra evolución, por algún Poder que permanece fuera y más allá de la naturaleza, dirigiendo su marcha como un agente externo más que como una fuerza creadora inmanente. De acuerdo con esto, la compasión estaría investida de la más alta autoridad que pudiera posiblemente tener, de modo que permanecer indiferente a su gentil llamado, o aun hablar con desprecio de ella, sería pecaminoso e irreligioso. Pero tomar el punto de vista opuesto, de que la compasión es un producto del proceso que nos creó, una expresión de una fuerza inmanente más que de una fuerza externa, escasamente disminuye su demanda al respeto y a la obediencia de aquéllos para los cuales la piedad natural fomenta una consideración reverente por la fuente de su ser.

En las ciencias físicas hay un principio bien conocido llamado el Teorema de Le Chatelier, que afirma que si una fuerza adicional se aplica a un sistema en equilibrio dinámico, el punto de equilibrio se desviará en tal dirección como para disminuir el efecto de la nueva fuerza. Cuando comprimimos un gas, éste resiste la fuerza externa con una presión constantemente creciente. Cuando aplicamos calor a una mezcla de hielo y agua, la absorción del calor por el hielo que se derrite impide por un momento la elevación de la temperatura de la mezcla. Este teorema tiene muchas aplicaciones en el mundo viviente, el cual es un sistema excesivamente complejo en equilibrio dinámico con su ambiente; y hasta en la esfera psíquica estamos acostumbrados a reacciones análogas, como cuando nos esforzamos por disminuir la depresión causada por alguna dura pérdida al recordar las ventajas concomitantes. El crecimiento de la compasión podría ser considerado como ejemplo de la operación del principio de Le Chatelier en el dominio de la

(10) Ver la obra del autor, *The Quest of the Divine*, (Meador Publishing Co.' Boston, 1956), c. VIII.

vida. Si no fuera por las compensaciones de esta clase, la estabilidad del mundo físico, biológico y moral, podría difícilmente mantenerse.

Durante largas edades, los animales se esforzaron por satisfacer sus necesidades vitales a expensas de otras criaturas, sin consideración por sus sentimientos o su bienestar. Pero estos animales de presa eran de un bajo nivel de inteligencia, de manera que ellos podían producir escaso cambio deliberado o mejoramiento en la conducta instintiva por medio de la cual explotaban a sus víctimas, y el daño que podían infligirles estaba más bien estrictamente limitado por sus dotes innatas. Pero después de muchos millones de años, el proceso evolutivo empezó a producir un animal que sobrepasaba en ingenio y astucia a cualquiera de los anteriores; y este nuevo animal, provisto de miembros adaptables para realizar los planes que surgían en su mente inquieta, era capaz de explotar todas las cosas vivas que lo rodeaban con una minuciosidad, y a menudo con una diabólica astucia, hasta entonces desconocidas en el mundo.

Tan eficaces eran sus medios para utilizar su ambiente que este nuevo tipo de animal se multiplicó excesivamente, se extendió sobre la mayor parte de la tierra, causó estrago a otras innumerables formas de vida, y por último amenazó destruir el equilibrio total de la naturaleza y llevar al mundo viviente a un desastre universal, en el cual el nuevo explorador estaría inevitablemente incluido. Pero, por fortuna, antes de que sus estragos llegaran a ser irreparables, una influencia restrictiva empezó a dejarse sentir en la mente de este animal en extremo inteligente, al principio en forma vaga y débil, como una chispa de luz densamente rodeada de humo que la oscurecía. El explotador empezó vagamente a conjeturar los efectos sobre los explotados de su trato con ellos. La simpatía imaginativa nació, y con ella surgió la compasión y el interés por el bienestar de los débiles e indefensos. La misma inteligencia que dio al hombre una ventaja inusitada sobre las demás criaturas en la lucha por el existir, empezó a decirle que era equivocado usar de esta ventaja hasta su límite extremo. Esta fuerza compensadora, este principio de limitación, por fin luchando débilmente por aparecer, es de todas las tendencias perceptibles en la actualidad en el mundo viviente, la más importante para el bienestar de la totalidad, incluyendo al propio hombre. Si nos mofamos de ella o si la suprimimos, nosotros, no menos que toda la comunidad de seres vivos, pagaremos un alto precio por nuestra impiedad, ceguera y locura.

Es inútil sostener que el rigor o crueldad de la naturaleza invalida la compasión del hombre, al revelar que ella es una anomalía absurda, un capricho de la evolución, en un mundo lleno de luchas implacables. Los filósofos y los naturalistas han diferido extensamente en su determinación de la crueldad de la naturaleza; y en conjunto los últimos, agradecidos por innumerables horas felices en estrecha compañía de seres vivos, han adoptado la visión más alegre, desestimando o excusando muchos hechos desagradables, de una manera que el filósofo, que mira fría y apreciativamente el mundo, puede aprobar con dificultad. Pero en relación con el asunto presente, no importa cuán dura pueda ser la naturaleza, pues este rigor da a la compasión todo su valor y toda su grandeza. ¿Qué uso tendría la compasión en un mundo jamás visitado por el dolor, en un mundo tan felizmente constituido que nunca pudiera surgir conflicto y en el cual toda pérdida debiera por siempre permanecer desconocida? Cuanto más oscura y horrible la noche de las tempranas edades de la vida, tanto más gratos los primeros y débiles rayos de la compasión que con timidez se asoman en el oriente, tanto más bella la promesa del amanecer, tanto más gloriosa la transformación que el nuevo día traerá. Es justamente el rigor de la naturaleza lo que hace preciosa la compasión, y nos impone el deber de cultivar este tierno crecimiento con el máximo cuidado.

EL VALOR DE LA MISERICORDIA INDEPENDIENTE DE UN CALCULO HEDONISTA

Cuando examinamos el mundo viviente en toda su estupenda complejidad, luchando vanamente por descubrir las numerosas interacciones que unen a cada criatura con las demás, a veces nos preguntamos si, por algún acto de misericordia, podemos aligerar, aunque sea en forma mínima, la suma de los dolores del mundo, y si cualquier cosa que pudiéramos hacer, diferente del recorrido de la crueldad astutamente inventada, podría materialmente aumentarlos. El animal cuya vida salvamos o perdonamos, si es carnívoro, continuará tomando su ración diaria de otros animales que forman su alimento; y hasta si es herbívoro aplastará a la hormiga y al gusano cuando padece en los campos. Por otra parte, el animal que matamos jamás destruirá a otras criaturas para sustentar su propia vida; y su cadáver puede, por cuanto sabemos, producir gran felicidad a las innumerables larvas y otros organismos que se alimentan de la carne en estado de putrefacción. Aun en una sociedad bastante homogénea, parece imposible estimar los placeres y los dolores de cada uno de sus miembros y estipular las condiciones en las cuales los primeros llegan al máximo, de la manera contemplada por Jeremy Bentham. ¿Cómo, entonces, es posible calcular los gozos y las penas de un mundo que contiene innumerables seres tan diversos como los hombres y los gusanos, los árboles y las algas marinas, de los cuales aún las últimas pueden ser, después de todo, mucho más sensibles de lo que nuestra ciencia objetiva supone?

Si la realización de actos compasivos dependiera del conocimiento de sus efectos totales y de la certidumbre de que al actuar así aumentamos la felicidad o disminuimos los sufrimientos de la vida en su totalidad, nos encontraríamos tan perplejos que nunca nos atreveríamos a realizarlos. Pero afortunadamente para nosotros y para las criaturas que más de cerca nos rodean, la justificación de nuestros actos de misericordia no es un cálculo benthámico aplicado a todo el mundo viviente, sino una voz procedente de las profundidades de nuestro ser, que no podemos desatender sin rebajarnos en nuestra propia estimación. No es, en primer término, reflejo de la cantidad de sufrimiento en todo el mundo, sino inmediato contacto con algún caso particular de sufrimiento, que despierta nuestra compasión; y es para satisfacer algo sagrado y perentorio dentro de nosotros mismos, no para disminuir los dolores de todo el mundo, que llevamos a cabo un acto de caridad. Este impulso interno se satisface cuando el efecto inmediato de nuestra acción evita o calma los sufrimientos de alguna otra criatura. El hombre compasivo no pregunta: "¿Qué puedo hacer para disminuir las miserias de todo el mundo?" Al contrario, pregunta: "¿Qué puedo hacer para reducir los sufrimientos de quienes soy directamente responsable, o los de los seres que más estrechamente me rodean?"

Como personas moralmente responsables, reconocemos la obligación de descubrir las repercusiones de nuestros actos hasta donde razonablemente podamos, y la de evitar aquéllos cuyos efectos inmediatos, a pesar de ser benéficos, puedan posiblemente ser sobrepajados por efectos remotos indeseables. Pero hasta en la estrecha esfera humana, donde los resultados de toda clase de acción han sido tan penosamente analizados, encontramos que las consecuencias extensibles de nuestros hechos pronto sobrepasan el alcance de nuestra vista. En el mundo viviente como una totalidad, tanto más vasto cuanto más complejo que cualquier sociedad humana, y tanto menos analizado adecuadamente, los efectos totales de cualquier acto nuestro llegan a ser más rápidamente

incalculables. De aquí que cuando nosotros somos llevados por la compasión a salvar algún animal, es, no sólo moralmente permisible, sino necesario hacer caso omiso de las consecuencias remotas, de una manera que sería difícilmente permisible en nuestro trato con los hombres. No obstante, la diferencia es sólo relativa, pues un agente moralmente responsable no puede en ningún caso actuar con total descuido de todos menos de los más inmediatos efectos de su conducta.

Donde las más remotas consecuencias de nuestro acto llegan a ser imprevisibles, nosotros sólo podemos esperar que ellas sean benignas, como estamos seguros que son los efectos primarios. No es culpa nuestra si el mundo está constituido de tal forma que nada de lo que podamos hacer disminuya el total de sus dolores, ni aumente con un solo destello la suma de su felicidad. Empero, no es irracional suponer que una vida guiada por la consideración compasiva hacia todo lo que vive y siente resultará, a largo plazo y en la totalidad, en un mundo más feliz. Y ya sea que nuestro esfuerzo de vivir así para disminuir la suma de dolor o aumentar el total de felicidad de todas las cosas vivientes, cumpla su fin o fracase, es indudable que mejora nuestro propio carácter y nos proporciona paz espiritual—consecuencias de ninguna manera despreciables—. “La corona de la riqueza es la propia compasión; toda otra riqueza se encuentra aun entre los hombres más viles” (11).

Traducción hecha por: *Hilda Chen Apuy.*

(1) *Tirikkural* de Tiruvalluvar, 25: 241.